

mejor disfrazarnos de turcos á fin de no ser conocidos en Granada, ni de los esclavos cristianos, ni de los guerreros moros, que mas de una vez han visto nuestros rostros en medio de las batallas, y han sentido la punta de nuestras espadas en sus costados.

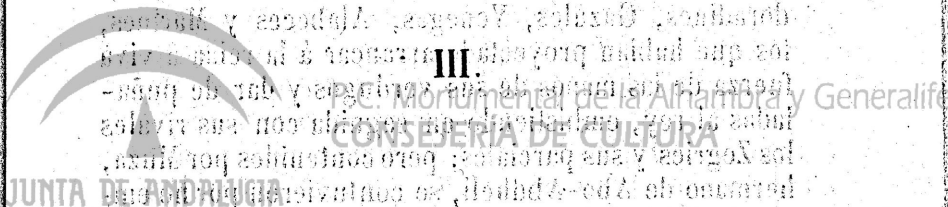
—Disfracémonos, contestó Chacon, y Santiago nos ayude en tan arriesgada empresa.

—Hasta mañana, señores, les dijo el Alcaide.

—Hasta mañana contestaron los tres esforzados adalides del ejército de Fernando V.

III

Inmenso gentío coronaba las ventanas, miradores y azoteas de la anchurosa plaza de Bibarrambla una mañana del mes de Julio, é inmensa era la concurrencia que asomaba por las calles que en ella desembocan, venida de la vega, de la sierra y de todo el reino, á ver el juicio de la reina, pues habia espirado el plazo que los jueces la dieron para su defensa. Guardaban las entradas, conteniendo las oleadas del turbulento pueblo que pugnaba por penetrar en la plaza, fuertes destacamentos de Zegries, Gomeles y Mazas que á duras penas podian conservar el orden.



En uno de los frentes de la plaza habia un altísimo tablado sobre el cual se alzaba un estrado cubierto de paños negros y bastos en el que debia permanecer la reina; que en otros de brocados de seda y oro habia presidido las cañas y justas mantenidas en su honor poco tiempo hacia; en un lado del tablado habia un segundo estrado para los jueces; y al estremo de la plaza habia una hoguera encendida, en la que habian de quemar á la infortunada Moraima, si en aquel dia no se presentaban sus caballeros á combatir en el palenque que estaba al pié del tablado, contra los cuatro mantenedores de la acusacion.

Grande efervescencia habia reinado aquella mañana entre las tribus de los Almoradies, Almohades, Almoradines, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines, los que habian proyectado arrancar á la reina á viva fuerza de las manos de sus verdugos y dar de puñaladas al rey, consintiendo en seguida con sus rivales los Zegries y sus parciales; pero contenidos por Muza, hermano de Abo-Abdheli, se contuvieron por no empeorar la situacion de la ciudad demasiado dividida por sus querellas anteriores; sin embargo, se presentaron con fuertes armas debajo de sus mantos de luto, resueltos á romper aquel dia con sus enemigos, y cambiar de monarca al par que satisficiesen rencores antiguos y mal apagados.

Serian las ocho de la mañana; cuando entró en la plaza la litera en que venia la reina y su esclava Esperanza de Hita, que era la que la habia impelido á pedir auxilio á los caballeros cristianos. A su aspecto prorrumpieron en hondos sollozos y en amargas lágrimas todos los espectadores, al par que maldecian

la crueldad del rey y las intrigas de los Zegries. Todos los ilustres gefes de las tribus amigas de los desgraciados Abencerrages se colocaron alrededor del tablado, al que subió la reina con su esclava; al propio tiempo que Muza, un Azarque y un Almoradi nombrados jueces del campo por Abo-Abdhelí, ocupaban sus respectivos sitios.

A pocos momentos se oyeron sonar las trompetas, y aparecieron despues los cuatro acusadores de la reina armados de punta en blanco, cabalgando sobre poderosos caballos de batalla: sobre las armas llevaban marlotas moradas, y del mismo color eran los pendoncillos y las plumas. En las adargas llevaban unos alfanjes teñidos en sangre con esta letra:—*Por la verdad la derrama*. Adelantáronse acompañados de sus parciales los Zegries, Gomeles y Mazas, y penetrando en el palenque en medio del sonido de los añafles y atambores, colocáronse estos á la izquierda del tablado, y delante de él Mahomet-Zegri, Hamete-Zegri, Mahomad-Gomel y Mahandin, mantenedores de la acusacion.

Volaban las horas con indecible rapidez, y el sol habia llegado al medio de su carrera sin que se presentasen los defensores de la reina: el pueblo empezaba á agitarse, y los parciales de aquella trataban de arrojar sobre las tribus contrarias y trabar una reñida pelea, á fin de saciar su sed de venganza; pero se contenian al ver á Moraima serena, y con la vista fija sucesivamente en el cielo y en el camino de la vega. Ya eran las dos de la tarde, y nadie parecia; entonces Malique-Alabez, Aldoradin y otros dos caballeros se acercaron al tablado, y pidieron con vivas

instancias á la reina que los nombrase por sus defensores.

—Agradezco en el alma vuestra generosa oferta, les contestó, pero esperemos otras dos horas, y sino vienen los caballeros que tengo prevenidos, os acepto con reconocimiento.

Eutonces se retiraron, y no habia pasado media hora cuando por la puerta de la vega se oyó un gran ruido, y se vió aparecer á pocos instantes cuatro caballeros vestidos á la turca montados en poderosos bridones.

Llevaban marlotas azules con guarniciones de plata y oro; los albornoces eran de seda azul, y los turbantes tambien de seda listados de oro y azul; sobre el bonete llevaban una media luna, y se desprendian de ella plumas azules, verdes y rojas: los pendoncillos eran igualmente azules, en los que llevaban bordadas las armas de sus escudos; las del primero eran un lobo en campo verde en accion de despedazar á un moro con esta letra: *Por su mal se devora*; las del segundo, un leon rampante en campo blanco: las del tercero un águila dorada en campo rojo con las alas abiertas subiendo al cielo, y llevando entre las garras una cabeza de moro chorreando sangre: y las del cuarto un estoque con filos teñido de sangre sobre campo blanco, en cuya punta tenia clavada la cabeza de un moro.

Brillante era por cierto la apostura de los bizarros caballeros, y bien manifestaban por el modo con que conducian sus corceles que estaban muy diestros en todos los ejercicios de caballeria: llegados que fueron al pié del tablado, demandó el primero licencia para

hablar, y obtenida dijo así, en arábigo, dirigiéndose á la reina.

—Señora, nosotros somos cuatro caballeros turcos que arribamos á España con intento de escaramuzar con los caballeros cristianos; pero habiendo sabido al atravesar la vega de Granada el conflicto en que os hallais, nos hemos apresurado á venir á ofreceros nuestros brazos y nuestras vidas; y si quereis permitirnos batallar en vuestro nombre, os juramos pelear hasta obligar á vuestros calumniadores á que proclamen vuestra inocencia.

—Acepto! contesto la reina, al ver una señal que la hizo su esclava Esperanza de Hita.

Haciéndola entonces una profunda reverencia, picaron sus caballos y penetraron en el palenque en medio de la admiracion de todos los circunstantes.

Llegados en frente de los mantenedores, encarose con ellos el turco del estoque en campo blanco y les dijo.—¿Por que tan sin razon habeis acusado á tan noble señora?

—Por haberla visto cometer adulterio, contestó Mahomet-Zegrí, debajo de un ciprés de Generalife.

—Miente como un villano el que tal diga, contestó el turco; y blandiendo con suma presteza la lanza le dió tal golpe con el cuento de ella, que le lastimó el brazo: irritado el Zegrí arremetió contra él, lo que visto por los jueces, dieron la señal á los trompeteros y trabaron los seis restantes una reñida escaramuza.

Ali-Hamete cayó en suerte al caballero del leon rampante, Mahandin al del lobo, y Mahomat-Gomet al del águila.

No habia dos minutos que lidiaban, cuando ya ha-

bian hecho astillas las lanzas, y habian volado hechas pedazos las plumas de los turbantes: eran en verdad los moros valientes, pero se las habian con quienes habian vencido mas de una vez á otros mas bravos que ellos; así que menudeaban sus furibundos golpes con tanta rapidez, que no les valia á los Zegries ni su destreza en las armas ni la velocidad de sus caballos: sin embargo logró Mahomat herir en el muslo al caballero del águila, el que encendido de cólera, cayó sobre él con la espada levantada, y sacudiéndole un fiero mandoble sobre la cabeza se la abrió en dos pedazos: cuando lo tuvo á sus piés, se marchó con mucho sosiego debajo del tablado y se recostó sobre el arzon á ver la batalla.

Un aplauso universal resonó en la inmensa plaza, y tornaron los colores de la alegría y de la esperanza á las mejillas de la reina.

No estaban tan aventajados los otros caballeros; pero escitados por la sangre que se vertia de sus anchas heridas, y por el triunfo de su compañero, cayeron á su vez con tanta furia sobre sus adversarios, que en poco tiempo les hicieron vomitar el alma en medio de un torrente de negra sangre: Mahomet-Zegri era el que todavia resistia; pero acometido por el caballero del estoque, cayó á sus piés con una herida mortal; é instado por este para que confesase la verdad dijo con voz débil en presencia de los jueces del campo. « Es falsa la acusacion que hemos levantado contra la pura é inocente reina, pues lo hicimos por vengarnos de la preferencia que daba á los Abencerrajes, los que tambien son inocentes de los crímenes que se les han imputado.»

Mil vivas y algazaras resonaron en la plaza, y acudiendo los caballeros moros á los vencedores, los condujeron á los pies de la inocente Moraima, la que derramó lágrimas de alegría, cuando al alzarse las viseras le dijo su esclava Esperanza—ahí teneis á Don Juan Chacon, señora mia.

—El que acompañado de los esforzados caballeros D. Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, D. Alfonso de Aguilar y D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de Donceles, ha acudido á vuestro llamamiento y ha hecho triunfar vuestra inocencia, la respondió el Señor de Carlagena.

—Gracias esforzados caballeros, gracias; no en vano contaba en vuestro valor y generosidad: creed ilustres guerreros, que mi agradecimiento no tiene límites, y que quisiera mostraroslo de alguna manera.

—Dadnos á besar vuestra real mano, y estaremos suficientemente pagados, contestó D. Juan: incaron la rodilla en tierra, y la besaron.

En seguida montaron á caballo, y á pesar de las súblicas de la Reina, de Muza y de los gefes de las tribus amigas partieron á escape hácia la puerta de la vega, dejando atónito y admirado al inmenso pueblo de su valor y generosidad.

...y así se vio que no podían resistir y se rindieron a los cristianos...
...los reyes de Castilla y León...
...la reina Moraima...
...abjuró su fe...
...se retiró al convento de Santa Isabel la Real...
...donde murió...

CONCLUSION.

...los reyes de Castilla y León...
...la reina Moraima...
...abjuró su fe...
...se retiró al convento de Santa Isabel la Real...
...donde murió...

**Un año despues, cuando se entregó la ciudad á los
mny. altos y poderosos Reyes de Castilla y Leon Don
Fernando y Doña Isabel, la Reina Moraima abjuró su
creencia, y adoptó la religion cristiana siendo su ma-
drina la Reina Católica. Tomó el nombre de D.ª Clara
de Granada, y se retiró al convento de Santa Isabel
la Real en el Albaicin fundado por la Reina Castella-
na, en donde á poco tiempo murió.**

JUNTA DE ANDALUCIA



EL

EL ALCAIDE DE ALORA,

o

HISTORIA DEL ABENCERRAJE

y

LA HERMOSA JARIFA.

por

Antonio Villegas.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
~~-----~~
CONSERVATORIO DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

Dice el cuento, que en tiempo del infante D. Fernando, que ganó á Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narvaez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece, que quanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos,

que al hombre que se aventuraba á morir una vez en toda la vida, le hacian en sus escritos inmortal, y le trasladaban á las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que despues de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues habia sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defen- della. Hizole tambien alcaide de Alora; de suerte que tenia á cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes; y acudiendo siempre á la mayor nece- sidad. Lo mas ordinario residia en Alora, y allí tenia cincuenta escuderos hijos-dalgo, á los gajes del Rey, para la defensa y seguridad de la fuerza; y este nú- mero nunca faltaba como los inmortales del Rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenian todos ellos tanta fé y fuerza en la virtud de su capi- tán, que ninguna empresa se les hacia difícil; y así no dejaban de ofender á sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salian vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacia el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo á todos ellos estas palabras:

«Paréceme, hijos-dalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra esperiencia en las propias, y se pierde miedo á las ajenas. Y desto no hay para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois ver- daderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos dias que no hemos hecho cosa que nuestrós nombres acreciente, y seria yo de dar mala cuenta de mi y de mi oficio, si teniendo á cargo tan virtuosa

gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Páreceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar á entender á nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.» Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenia, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase á buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividia en dos. El alcaide les dijo: «ya podría ser que yendo por este camino se nos fuese la caza por éste otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten á vencer, toque uno su cuerno, y á la señal acudirán los otros en su ayuda.» Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo: «teneos compañeros, que ó yo me engaño, ó viene gente.» Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacia, oyeron ruido; y mirando con mas atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecia muy bien á caballo. Traia vestida una marlotá de carmesí, y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traia el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traia una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tuneel, que dándole muchas vueltas por ella, le servia de hermosura y defensa de su persona.

En este hábito venia el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce memoria de sus amores, que decia:

Nascido en Granada,
Criado en Cartama,
Enamorado en Coin,
Frontero de Alora.

Aunque á la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traia el corazon enamorado, á todo lo que decia daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. El viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harian. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas, como el moro sabia mas de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podian con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huia, puso las piernas á su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió á hacer rostro á sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huia, y dióse tan buena maña que á poco rato tenia de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus com-

pañeros, tocó el cuerno, y fué á ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y á él le iba mas que la vida en defenderse dellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que á no ser el golpe en soslayo se le pasara todo. El, con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narvaez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traia mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenia á los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. El le dijo: «moro, vente á mi, y si tú me vences yo te aseguro de los demás.» Y comenzaron á trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venia de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podia mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada á Rodrigo de Narvaez, que á no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. El en recibiendo el golpe arremetió á él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó á brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo: «caballero, date por vencido, si no, matarte he.—Matar me bien podrás, dijo el moro, que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció.» El alcaide no paró en el misterio con que se decian estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó á levantar, porque

de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

Y yendo por él adelante hablando en la buena disposicion y valentia del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía que ninguno entendió. Rodrigo de Narvaez iba mirando su buen talle y disposicion: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en animo tan fuerte no podia proceder de sola la causa que allí parecia. Y por informarse dél, le dijo: «caballero, mirad que el prisionero que en la prision pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los mas de sus trances están sujetos á la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aqui ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospirais del dolor de las llagas, á lugar vais do sereis bien curado; si os duele la prision, jornadas son de guerra á que están sujetos cuantos la siguen. Y si teneis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijo-dalgo de hacer, por remediarle, lo que en mi fuere.» El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenia, le dijo: «¿cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostrais de mi mal?» El le dijo: «á mi llaman Rodrigo de Narvaez, soy alcaide de Antequera y Alora.» El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo: «por cierto agora

pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os ví sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras.» El alcaide los hizo apartar, quedando solos, el moro, arrancando un gran sospiro, le dijo: «Rodrigo de Narvaez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento á lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna á derribar un corazón de un hombre cautivo: á mí llaman Abindarraez el mozo, á diferencia de un tío mio, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto:

«Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran de la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposicion y gran esfuerzo, hacian ventaja á todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente comun. En todas las escaramuzas que entraban salian vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podia bien decir, que en ejército de paz y de guerra eran ley de todo el reino. Dicese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposicion: no se tenia por Aben-

cerraje el que no servia dama, ni se tenia por dama la que no tenia Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que desta escelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo á dos destos caballeros, los que mas valian, un notable é injusto agravio, movido de falsa informacion que contra ellos tuvo, y quisosé decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuracion, siendo verdadera ó falsa, fué descubierta; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas á quien servian y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente comun alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él habia! ¡Considera quanto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! quanto tarda en crecer un árbol; y cuán presto vá al fuego! con cuánta dificultad se edifica una casa; y con cuánta brevedad se quema! cuántos podrian escarmentar en las cabezas destos desdichados; pues tan sin culpa padecieron con

público pregon, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mio, que hallaron inocentes deste delito; á condiccion que los hijos que les naciesen enviasen á criar fuera de la ciudad; para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.

Rodrigo de Narvaez, que estaba mirando con cuánta pasion le contaba su desdicha, le dijo: «por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazon que á los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traicion.

—Es como yo lo digo, dijo él; y aguardad mas, y vereis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprehendimos á ser desdichados.— Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme á Cartama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenia estrecha amistad. Este tenia una hija, casi de mi edad, á quien amaba mas que á sí; porque allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos desta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdomé que, entrando una siesta en la huerta que dicen de los Jazmines, la hallé sentada junto á la fuente: componiendo su hermosa cabeza: miréla

vencido de su hermosura, y parecióme á Salmacis, y dije entre mí: ¡oh quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! ¡No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! Y no aguardando mas fuime á ella y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á recibir, y sentándome junto á si me dijo: «hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?» Yo la respondí: «señora mia, porque ha gran rato que os busco; nunca hallé quien me dijese dó estábades, hasta que mi corazon me lo dijo; mas decidme ahora: ¿qué certinidad teneis vos de que seamos hermanos?—Yo, dijo ella, no otra del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.—Y si no lo fuéramos dije yo, ¿quisiérasme tanto?—No ves, dijo ella, que á no serlo, no nos dejára mi padre andar siempre juntos y solos?—Pues si ese bien me habian de quitar, dije yo, mas quiero el mal que tengo.» Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: «¿y qué pierdes tú en que seamos hermanos?—Pierdo á mi y á vos, dije yo.—Yo no te entiendo, dijo ella, mas á mi me parece que solo serlo nos obliga á amarnos naturalmente.—A mí, sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfria algunas veces:» y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, víla en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallaba su imágen, y en mis entrañas la más verdadera. Y decíame yo á mí mismo: y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora, ¡cuánto mas disculpado moriria yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso se-

ria yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, que sabrosa vida sería la mia! Diciendo esto, levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda, y pohiéndola sobre mi cabeza me volvi á ella coronado y vencido.»

«Ella puso los ojos en mí (á mi parecer) mas dulcemente que solia, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto mas hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mi, me dijo: «¿qué te parece agora de mí, Abindarraez?» Yo, la dije: «pareceme que acabais de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora del.» Levantándose, me tomó por la mano y me dijo: «si eso fuera, hermano, no perderíades vos nada.» Yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela, que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no se lo que sintió al principio de saberlo, mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que escusar; porque el principio destes amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenia mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya.

Todo lo que no via en ella me parecia feo, escusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenia envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecia el corazon. Y de todo esto creo que no me debia nada porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.»

«El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cartama, envióle á mandar que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coin (que es aquel lugar fronterero del vuestro) y que me dejase á mi en Cartama en poder del alcaide que á ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algun tiempo fuistes enamorado) lo que podriamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mia, alma mia, solo bien mio, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; apartándose vuestra hermosura de mí, ¿tendreis alguna vez memoria deste vuestro cautivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir mas, malparia algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. Pues quien os contase las lástimas que ella hacia, aunque á mí siempre me parecian pocas. Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque



JUNTA DE ANDALUCÍA

digitalized by generalife